— « Pero, señor, respondió el padre, si dicen que el olor de las bestias es sano para el hombre.

— « Es un error grosero, dijo el doctor. Nada hay más contrario á la salud que el estiércol. Si queréis que vuestros hijos se pongan buenos, limpiad vuestro patio, y veréis que las mismas bestias estarán mucho mejor.

« El doctor ordenó quinina para cortar la fiebre al más joven de los muchachos.

« Antes de irse reprendió á la madre por la manera que tenía de vestir á una niñita encantadora, pálida y marchita, cuya espalda se iba poco á poco arqueando como si empezase á estar jorobada.

— Esta niña, dijo, tiene vestidos demasiado estrechos que impiden la circulación de la sangre y la entrada del aire en los pulmones. ¿Para qué sirve ese corsé que la oprime el talle, el corazón y las costillas? Hay que quitárselo ».

(*Continuará.*)

CUESTIONARIO

¿Cómo debe tenerse el corral para que no sea causa de enfermedades? ¿Qué debe hacerse con los excusados cuando despiden un fuerte olor? ¿Qué situación debe escogerse para el dormitorio? ¿Á quién debe recurrirse desde luego cuando ataca una enfermedad? ¿Por qué no es conveniente recurrir á los curanderos?

TRABAJO EN SILENCIO

Escribid las reglas de Higiene que acabáis de aprender.

48. — Los consejos de un doctor.

(CONTINÚA).

Médico aplicando la vacuna.

« El doctor salió y vió en la plaza dos muchachos que estaban jugando con los pies metidos en el agua. ¿Qué estáis haciendo ahí? les dijo. ¡ Vaya una diversión tonta! Volveréis á casa con los pies fríos y lograréis coger un constipado ó una diarrea. Después, viendo á un niño al que recientemente había asistido, le dijo :

« —¿Qué tal, Santiago? ¿estás ya vacunado?

« En esto acudió la madre y dijo :

« — No hemos tenido tiempo aún, señor. Además, cuando hay que pasar por la viruela, creo que se pasa de todas maneras, esté uno vacunado ó no.

« — Buena mujer, si tuviera usted que salir de su casa por la ventana, ¿ preferiría tirarse desde lo alto ó valerse de una escalera de mano, diciendo : si me he de romper una pierna, me la romperé lo mismo con la escalera que sin ella ?

« — ¡ Oh ! no es la misma cosa.

« — Es exactamente igual. Con la escalera se tienen diez probabilidades contra una de no romperse la pierna ; con la vacuna, hay diez probabilidades contra una de no enfermarse de viruela, y si al fin se enferma, de no morir, porque siempre ataca con más benignidad á los que están vacunados.

« — Vamos, señor doctor, veo que usted tiene siempre razón. Santiago va á poner muy mala cara, cuando le pique el brazo.

« — Más vale poner mala cara durante cinco minutos que durante cinco semanas. Santiago es un buen muchacho y no la pondrá ni un minuto ; ¿ no es verdad, Santiago ?

« — ¡ Caramba ! como no sé lo que es eso, no puedo responder.

— La vacuna, amigo mío, se encuentra en el pezón de las vacas. Te harán una picadura en el brazo para que entre bajo la piel ; ya ves que no es cosa terrible.

« — ¡ Oh, señor ! yo me pico muchas veces y nunca lloro.

« — Pero ¿ cómo han descubierto eso, señor ?

« — Ese hermoso descubrimiento se debe á un médico inglés llamado Eduardo Jenner. Primero se rieron de él ; pero al cabo de veinte años de paciencia y trabajo, acabó por hacer aceptar su descubrimiento. En su ciudad natal, le han erigido una estatua. La vacuna es actualmente conocida y practicada en todo el universo, y cada día libra multitud de niños de la más terrible enfermedad, que, cuando no mata á los enfermos, los deja desfigurados y estropeados, generalmente ciegos ó sordos. Pero, amigo mío, ya te enseñarán eso en la escuela. Ahora voy á mis enfermos.

« Un poco más allá, el doctor encontró al tío Pedro, que salía de la taberna, con el cuello y la cara rojos y la nariz amoratada.

« — Tío Pedro, ya ha tenido usted un ataque al cerebro ; si continúa cuidándose de esa manera, pronto tendrá una apoplejía.

« — ¡ Oh, señor doctor, tengo una salud á prueba de bomba !

« — En efecto tiene usted mucha salud y sobre todo mucha sangre. Si continúa bebiendo en las tabernas, en lugar de ir á trabajar al aire libre en el campo, el mejor día vendrán á decirme : « El tío Pedro ha muerto de una apoplejía fulminante « Créame usted, vaya un poco menos á la taberna y haga todo el ejercicio que pueda. Nada hay mejor para la salud que el ejercicio cuando no se cometen excesos. Ahora bien, tío Pedro, el mejor ejercicio es

el trabajo del campo para un hombre tan robusto como usted. El trabajo, sin exceso, da fuerza á los órganos, hace más fácil la digestión, activa la circulación de la sangre y bajo su influencia, se vigorizan los músculos. Trabaje usted más de lo que trabaja, y coma poca carne y muchas legumbres.

— « Usted por el contrario, tío Miguel, dijo el doctor, dirigiéndose á un hombre pálido y de aspecto enfermizo, trabaja demasiado, ó mejor dicho, no se alimenta con relación á su trabajo. Es preciso comer más carne.

« — Pero señor, la carne está cara.

« — Amigo mío, las economías que se hacen á costa de la salud no son economías. Si usted come alimentos fortificantes, tendrá más fuerza para trabajar y trabajará mejor y más largo tiempo, de modo que tendrá doble ventaja. Se ha observado que el obrero inglés puede dar mayor cantidad de trabajo que el francés ¿por qué? Porque come más chuletas y carne asada.

« Nada hay tan bueno como la carne asada. No me hable usted de todos esos guisos y de todas esas carnes hervidas que no tienen jugo.

« El excelente doctor iba de este modo repartiendo su ciencia por medio de prudentes consejos.

« Llamáronle, en esto, para ver á una mujer joven, anémica y que no tenía apetito; su estómago digería mal los alimentos. « No se fatigue usted con exceso, le dijo el doctor, después de haberle recetado una tisana de centáurea; coma siempre á la misma hora;

la regularidad en las comidas hace la digestión regular y fácil. Veo á esos niños de usted comiendo á todas horas; con esa mala costumbre acabarán por perder el estómago.

« Cuando el doctor hubo terminado su visita, volvió á subir en su carricoche y se dirigió á otra aldea esperando hallar menos enfermos, porque los habitantes eran más inteligentes é instruídos. »

CUESTIONARIO

¿Por qué es peligroso tener los pies humedecidos? ¿Por qué es forzoso pasar por la vacuna? ¿Quién descubrió la vacuna? ¿Qué aconsejó el doctor al hombre que vió salir de la taberna con la cara enrojecida? ¿Qué alimentación deben preferir las personas muy robustas? ¿Y las muy raquíticas? ¿Qué beneficios se obtienen con el ejercicio en el campo? ¿Es bueno economizar en la alimentación? ¿Qué sucede mientras mejor alimentación se tiene?

TRABAJO EN SILENCIO

Escribid algo acerca de los peligros á que se expone una persona que trabaja poco y va con frecuencia á las tabernas.

---

49. — La jorobadita.

Con gusto y habilidad sabia coser... lavaba ».

Se llamaba Carmencita...
Era un ramito de flores...
Era una gloria bendita;
Pero en todo hay sinsabores :
Estaba jorobadita.

Contaba unos doce abriles,
Y en esa edad de inocencia
Y de sueños infantiles,
Ya excedía en experiencia
Á sus años juveniles.

La pobre se vió obligada,
Desde muy pequeña, á ser
Lo mismo que una mujer :
Hacendosa y aplicada
Bajo el yugo del deber.

De ambos padres huerfanita,
Sin hogar y sin hacienda,
La triste jorobadita,
Gracias que encontró vivienda
En casa de su abuelita.

Con gusto y habilidad
Sabía coser... lavaba,
Y la ropa remendaba
La dura necesidad
Á trabajar la obligaba.

En las más rudas faenas
Por la pobreza benditas,
Metía sus manecitas,
Que eran un par de azucenas
En el trabajo marchitas.

¡Era bien desventurada!
Jamás tuvo una muñeca
Ni nunca se vió obsequiada...
Su juguete era la rueca
De la abuelita adorada.

Vivía sin aflicción...
¡Pobre niña!... ¡En qué desdoro
Y qué triste condición,
De perlas rico tesoro
Dios puso en su corazón!

Deformadita de espalda,
Sin la esperanza halagüeña
Ni la dicha más pequeña,
Con un pingajo por falda,
Vivía feliz... risueña.

Mas ¡ay! la felicidad
Huyó de aquel serafín...
Plugo á la casualidad
Que conociera á Luisín,
Niño de su misma edad.

Era el muchacho un burlón,
Pero ella no lo sabía,
Y le tomó inclinación
Por extraña simpatía...
¡Misterios de niños son!

Esto era en el mes de abril...
Cuando una mañana hermosa
La abuela trajo una rosa,
Tan bella como gentil,
Tan fresca como olorosa.

Y, lo que es muy natural,
Alma que bien se encariña,
Ve en toda flor su ideal.
La desgracia de la niña
Partió de un fresco rosal.

Vió á Luisín... tomó la flor
Y la ofreció al muchachuelo
Con la carita de cielo
Llena de dulce candor,
Llena de plácido anhelo.

Pero Luisín la dejó
Con una pena infinita
Cuando la flor rechazó
Y á su dueña despreció
Porque era jorobadita.

Ella quedó desde entonces
Cual pájaro que perdido
Hubiese su alegre nido;
Cual si hubiera de sus gonces
El mundo entero salido.

Que diga el sabio doctor
Por qué una niña se muere
Sin fatiga ni dolor...
Que saque el dardo traidor
Que á tal existencia hiere.

Que explique por qué declina,
Doblándose como palma
Que al propio peso se inclina,
Así, interiormente, el alma,
Sin que se vea la espina.

Que averigüe por qué empacho
De tristeza y aflicción
Ó por qué oculta razón
Pueden burlas de un muchacho
Destrozar un corazón.

¡Tierna azucena marchita!
Por misterioso desmayo,
Murió la jorobadita
En brazos de su abuelita
Un día del mes de mayo.

Acabaron sus anhelos...
Bien hizo aquel serafín...
Mejor se vive en los cielos,
Habiendo aquí muchachuelos
Como el pérfido Luisín.

Merece verse tullido
Y hasta la muerte merece
Por burlón y mal nacido,
Niño qne no compadece
Al mísero desvalido!

JOSÉ FOLA IGÚRBIDE.

50. — Corte de camisas de mujer.

Cierta maestra decía alguna vez á sus alumnas de cuarto año cuando éstas esperaban ansiosas que comenzara su clase de corte que en aquella tarde iban á recibir :

—¡Con cuánto gusto trabajo con vosotras siempre que os veo, como ahora, correctamente sentadas, y dispuestas á escucharme con atención! Ya observo que todas mostráis gran curiosidad por saber para qué servirá esa gran hoja de papel que cada una de vosotras tenéis sobre la mesa, y esas tijeras, y esa cinta métrica, y ese lápiz, y....¿Qué quiere decir Lola?... ¡Ah! Lola es adivina. Ciertamente : eso va á serviros para trazar una prenda de ropa interior que voy á enseñaros á cortar en este momento. No esté muy orgullosa Lola, pues no es muy grande su mérito al haber atinado, porque lo único que ha hecho es recordar lo que alguna vez os prometí, y que ahora voy á cumpliros, pues no me agrada ni un poco retardar el cumplimiento de lo que ofrezco.

¿Algo desea Matilde?.... Sí; precisamente eso es lo que conviene, es decir, que vosotras mismas ejecutéis el trabajo, para el cual tendré el gusto de dirigiros.

Venga por aquí Matilde.... y también Luisa. Subid ambas á la plataforma para que todas vuestras compañeras puedan ver lo que vais á hacer.... Se trata

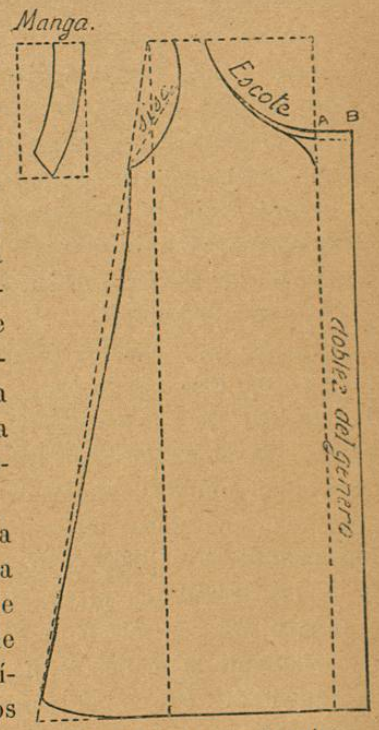
de que Matilde tome medidas á Luisa para que cada una de vosotras corte una camisa con tales medidas. Lo primero que hay que hacer es tomar el largo de la camisa.... Luisa, apoyad vuestra cinta métrica en la parte más alta del hombro de Matilde y extendedla hacia abajo, hasta donde queráis, según el largo que deseéis darle á la camisa.... Muy bien : hasta un poco más abajo de la rodilla es un buen tamaño. Medid todas 92 centímetros sobre vuestra gran hoja de papel y cortad lo sobrante.

Tomad ahora, Luisa, la medida del busto pasando la cinta métrica por debajo de los brazos de Matilde, pero no estrechéis el busto con la cinta, pues esta medida debe ser holgada, aunque sin demasía.... ¿Cuánto es?.... Bien : ochenta centímetros. Doblad ahora vuestra hoja de papel, cuyo ancho es de ochenta centímetros, como es de ochenta el ancho que tienen muchas de la telas que se usan para camisas; dobladla, digo, por la mitad, en el sentido de su longitud y, partiendo del doblez, medid horizontalmente tanto arriba como abajo del papel veintidós centímetros, es decir, la cuarta parte de la medida del busto más dos centímetros. Marcad con lápiz esos dos puntos, y desde el punto marcado en el lado de abajo, teniendo el doblez del papel á vuestra derecha, medid hacia las orillas diez y seis centímetros, ó sea la quinta parte de la medida del busto que, como recordaréis es de ochenta centímetros.... ¿Ya está? Bien. Pues ahora haced un doblez en el papel, formando una línea oblicua que vaya desde este último

punto que acabáis de marcar, hasta el que marcasteis arriba, y cortad por esa línea, con lo que ya tenéis el cuerpo ó árbol de la camisa, faltándoos sólo, para terminar, el corte de la sisa y el escote.

La altura del escote varía con el gusto y la edad de la persona para la cual se fabrica la camisa; pero, en general, puede establecerse esta regla : para niñas deberá ser el escote de siete á once centímetros, partiendo de la línea superior, y para señoras, de doce á catorce centímetros.

Mediremos en esta camisa, que Luisita usaría si no fuese de material tan fácil de romperse, once centímetros, y marcaremos el punto correspondiente.



Patrón de una camisa de mujer.
La parte de A á B representa el aumento que habrá de darse al ancho de la camisa por la parte delantera, cuando tal pieza se construya para personas gruesas.

Medid ahora, sobre la línea superior, doce centímetros también, y desde el último punto, hasta el que os marca la altura del escote, trazad una curva

abierta hacia la parte del doblez, y cortad por ella, con lo que tenéis cortado el escote.

¿Qué falta todavía?.... Es verdad : la sisa. Hay que marcar también dos puntos que tendrán que unirse por medio de una curva por la cual se cortará y quedará la sisa. Vamos á marcar esos dos puntos.... Sobre la línea oblicua del cuerpo de la camisa, partiendo de arriba, se miden diez y seis centímetros, es decir, cuatro más que para la altura del escote; ahí se marca uno de los puntos. El otro se marca midiendo horizontalmente cuatro centímetros desde la parte alta del escote. Cortad, y veréis formados á la vez la sisa y el hombro.

¿Queréis que vuestras camisas lleven mangas?.... Pues cortad una tira de papel cuyo largo sea igual á la longitud de la curva que forma la sisa, y cuya latitud sea el ancho que queráis dar á la manga. Doblad por uno de sus lados cortos tal paralelógramo, formando una línea oblicua, y cortad el triángulo que resultó. En el lado cuya longitud es igual á la de la sisa, trazad una curva semejante á la que forma la misma sisa, de tal manera que pueda adaptarse perfectamente la manga á esta última curva citada... ¿Ya quedó?.... Presentad la manga.... Está bien.

Creo que no necesito advertiros que lo que habéis cortado es el patrón de la camisa y el de la manga. Por consiguiente, cuando vayáis á cortar vuestra prenda en tela, necesitaréis poner doble la tela, pues de otro modo sólo cortaríais la mitad de la prenda, que de nada os servirá seguramente. Ya hemos ter-

minado. Á recoger útiles! ¡Uno!.... DOS!... Vamos al patio.

Así terminó, mis lectoras, aquella primera clase de corte.

CUESTIONARIO

¿Qué clase iba á dar cierta vez una maestra á sus alumnas del cuarto año? ¿Qué utiles tenía cada una de las alumnas sobre su respectiva mesa? ¿Qué cosa dijo la maestra que es conveniente que hagan las alumnas para aprovechar mejor las enseñanzas que iban á recibir en esa vez? Decid cómo cortaréis una camisa de mujer.

TRABAJO EN SILENCIO

Escribid acerca del asunto de la lección que acabáis de leer. Trazad en vuestras pizarras el patrón de una camisa de mujer.

CONCIENCIA

Si queréis conservar vuestro buen humor, vuestro contento y la felicidad de que ahora disfrutáis, procurad no hacer nada que os cause después remordimientos, es decir, que debéis evitar toda acción mala, pues que las malas acciones intranquilizarán siempre vuestra conciencia y os harán perder vuestra juvenil alegría.

Jamás hagáis daño á nadie, ni aun pequeño, haced, al contrario, todo el bien que podáis á todos aquellos que os rodeen y no espereis nunca por ello recompensa.

¡Quiera Dios que saboreéis las dulces satisfacciones que disfrutan los que pasan su vida derramando el bien!

51. — ** La instrucción primaria.

Alumnas de una escuela trabajando en sus labores de aguja.

« Puesto que ya habéis concluído de pasar en limpio el resumen de la última lección de Instrucción Cívica que os dí, guardad vuestros útiles y preparaos para escucharme.

« Así decía cierta vez una maestra á sus alumnas, y éstas, siempre obedientes y siempre buenas, sentáronse correctamente y dejaron de cuchichear. Cuando hubo reinado el más profundo silencio, aquella admirable señorita de voz melodiosa y acariciadora de quien ya os he hablado en otra ocasión, comenzó su

clase, más bien dicho, su conversación amenísima á la vez que instructiva. Decía la Señorita :

« — Cuando os hablé de la libertad que todas tenemos de instruirnos, os dije que no sólo tenemos derecho sino obligación, y voy á explicaros cómo es eso.

« Os dije alguna vez que nosotras también podemos y debemos ser patriotas, y que para ello, entre otras cosas que podemos y debemos hacer, es instruirnos, porque así honraremos á nuestra patria. Y bien, el Gobierno de nuestro país ha comprendido eso también, y ha expedido una ley en que dice que todos los niños, hombres y mujeres, de seis á doce ó catorce años de edad, tienen obligación de instruirse, sea en su casa, sea en los colegios particulares, ó bien en las escuelas públicas que para el efecto se han construído y dotado con maestros y útiles. Y tan imperiosa es esa obligación que, como lo sabéis bien, cuando un padre de familia no cumple con ella y comete la torpeza de no mandar á sus hijos á la escuela, se le castiga imponiéndole una multa, lo que me parece justo, pues nadie tiene derecho de ser ignorante, porque los ignorantes desprestigian á su país. Y ¿ sabéis lo que hace el Gobierno para poder hacer obligatoria la instrucción primaria ?... Pues compra gran cantidad de muebles, útiles y libros, paga á los profesores, compra ó alquila edificios para escuelas y hace gastos enormes. Y si dedica á la instrucción pública una gran cantidad de dinero, ¿ es justo que sea sin provecho ? Claro que no, y por eso

es obligatoria tal instrucción. Y ¿ qué pretexto pueden alegar los padres de familia para no cumplir con tan sagrada obligación ? Absolutamente ninguno, pues todas las dificultades se allanan cuanto es posible, y ni siquiera puédese aducir * pobreza ; pues á vosotras todo se os proporciona : muebles, pizarras, libros, lápices, cuadernos, etc., etc., y hasta los materiales para las labores de aguja, de manera que la instrucción repetida es completamente *gratuita*, es decir, que nada les cuesta á los padres de familia.

« Y no creáis que la enseñanza primaria, sólo se dé en las grandes poblaciones, pues hasta en la más pequeña aldea existe una escuela por lo menos.

« — ¿ Me permite Ud. una palabra, señorita ? — dijo una niña.

« — ¿ Qué te ocurre, Felícitas.... Puedes decirme lo que gustes.

« — Señorita, yo he oído decir que algunos papás no quieren que vengan sus hijos á la escuela porque aquí no se enseña religión y se hacen protestantes.

« — Efectivamente, hija mía, hay gente ignorante que cree en tan craso error y no comprenden por qué hay gran necesidad de que la enseñanza sea, además de obligatoria y gratuita, laica, es decir, que no se enseñe en las escuelas oficiales religión alguna. Y para que vosotras no vayáis á pensar así, y para que cuando sea oportuno, destruyáis ese error en los que lo sustentan *, voy á deciros cuál es el motivo de que se haya ordenado que la enseñanza primaria que se ad en las escuelas oficiales sea laica. Estando abiertas

para todo el mundo, las escuelas oficiales, claro es que á ellas concurrirán quienes quieran, mexicanas y extranjeras, y de cualquiera religión que profesen : católicas, protestantes y aun judías, si las hay. Y como hay libertad de conciencia (esto ya lo sabéis bien), si el Gobierno ordenara que en sus escuelas se enseñara la religión católica, por ejemplo, se atacaría la conciencia de aquellas niñas cuyos papás pertenezcan á otra religión distinta, y si se enseñara la religión protestante ó la judaica ó la mahometana, igualmente se atacaría la libertad de conciencia de las niñas que no creyesen en la religión que se enseñaba en la escuela. Y en tal caso los padres se negarían á cumplir la obligación de mandar á sus hijas á la escuela, pues dirían, y con razón, que no era conveniente que tales hijas asistiesen á un establecimiento en el cual se les enseñaba una religión distinta de la que ellos mismos les inculcaban. ¿Comprendéis lo que os he dicho?.... Pues bien, de ahí proviene que la enseñanza que se da en las escuelas sea laica.

« Para terminar os diré que la instrucción primaria elemental que se imparte en cuatro años, es, por ley, obligatoria, gratuita y laica; pero la enseñanza primaria superior, que también es gratuita y laica y que se da en dos años, sólo es obligatoria para las niñas que deseen seguir alguna carrera.

« Y luego que la señorita hubo acabado de hablar, observé que algunas niñas tomaban rápidamente apuntamientos en un papel, y oí que alguna dijo :

ahora mismo voy á decirle esto á papá, pues es cosa muy interesante. »

Aducir, alegar, pretextar.

Sustentan, defienden (en este caso).

CUESTIONARIO

¿Qué ley ha expedido el Gobierno para que todos los habitantes del país se instruyan? ¿Qué hace el Gobierno para poder hacer obligatoria la instrucción? ¿No se ataca la libertad del hombre con la ley de instrucción obligatoria? ¿De qué otro modo es la instrucción que se imparte en las escuelas oficiales, además de ser obligatoria y gratuita?

TRABAJO EN SILENCIO

Hablad de la conveniencia y necesidad de que la instrucción sea laica. Explicad previamente lo que significa *instrucción laica*.